

Sobre el padrenuestro

Simone Weil

Introducción de Josep Otón Catalán

MINIMA TROTTA

CONTENIDO

<i>Introducción: Josep Otón Catalán</i>	9
1. Encuentros cruciales	9
2. La experiencia del padrenuestro	13
La fábrica y la viña.....	16
La atención.....	18
El padrenuestro	23
 SOBRE EL PADRENUESTRO	 29
 OTROS TEXTOS	 43
 <i>Procedencia de los textos</i>	 77

INTRODUCCIÓN

Josep Otón Catalán

1. ENCUENTROS CRUCIALES

En ocasiones, los tiempos aciagos propician encuentros impensables en otras circunstancias. La ocupación de París obligó a Simone Weil a buscar refugio en el sur de Francia, donde coincidió con personas que marcarían su trayectoria personal, pero, sobre todo, el futuro de su obra.

El 13 de junio de 1940, el día antes de la entrada de los alemanes en la capital francesa, los Weil habían salido de compras. Los carteles colgados en las calles anunciaban la declaración de ciudad abierta. Sin tiempo de preparar el equipaje, se dirigieron a la estación de Lyon para tomar un tren que los pusiera momentáneamente a salvo. Hasta mayo de 1942 permanecieron en Marsella y otras ciudades bajo el control del régimen de Vichy.

Intelectualmente, esta etapa resultó muy fecunda para Simone Weil y le permitió trabar amistades que resultaron decisivas para su pensamiento. En la Navidad de 1940, empezó a relacionarse con los Honorat. A Pierre, matemático y compañero de André

Weil en la Escuela Normal Superior, ya lo conocía desde hacía tiempo. Su hermana, Hélène Honnorat, ferviente católica, quiso conocer a Weil y se brindó a introducirla en los círculos católicos marseleses.

A través de Hélène se puso en contacto con el dominico Joseph Marie Perrin. Nacido en Troyes en julio de 1905, ingresó en el noviciado de los dominicos de Saint Maximin en 1922, hizo la profesión solemne en 1927 y fue ordenado sacerdote en 1929. Con el ascenso del nazismo se comprometió activamente en la resistencia contra el totalitarismo y en la acogida de personas judías. En verano de 1941, al regresar a su convento de Marsella tras un viaje, Hélène le pidió que recibiera a Simone Weil que, vitalmente implicada en la causa de la clase trabajadora, quería compartir su suerte. Ya había sido obrera en una fábrica y ahora se planteaba trabajar en las labores agrícolas. Con esta intención visitó a Perrin.

Weil quedó muy impresionada al conocer personalmente a este sacerdote. Por aquel entonces, con una afección grave de la vista y con una delgadez ascética, hablaba con gran dulzura y le inspiró una profunda confianza. Le fue a ver con cierta asiduidad, no solo para estar al corriente de las gestiones relativas al trabajo en el campo, sino, sobre todo, para exponerle los problemas religiosos que tanto la preocupaban¹.

El padre Perrin fue el depositario de las confidencias de esta controvertida pensadora. A pesar de su agnosticismo y de su origen judío, había vivido diversas experiencias, en Portugal, en Asís y en Soles-

1. S. Pétrement, *La vida de Simone Weil*, trad. de F. Díez del Corral, Trotta, Madrid, 1997, pp. 583-584.

mes, que la habían acercado al catolicismo. Aun así, se resistía a recibir el bautismo.

Para Weil era difícil vincularse con exclusividad a esta religión ya que sentía una gran admiración hacia otros credos. Además, el Antiguo Testamento le producía una profunda aversión por sus componentes belicistas e intolerantes. Por el mismo motivo, se escandalizaba ante la brutalidad de las cruzadas y de la inquisición, más aún al conocer el destino de los cátaros y albigenses, un recuerdo todavía vivo en Occitania.

Sin embargo, el encuentro con Perrin fue decisivo. Weil le confesó que «de no haberlo conocido, jamás me habría planteado el bautismo como problema práctico»². Por su parte, el dominico, predispuesto a ayudar a los judíos, la puso en contacto con el escritor Gustave Thibon para que le facilitara el poder trabajar en la vendimia.

Thibon, nacido en septiembre de 1903, disponía de una finca en Saint-Marcel-d'Ardèche. Era una propiedad familiar de viñedos y olivos. La gran gripe le arrebató a su madre y él mismo estuvo en peligro de muerte. Encontró consuelo en la poesía.

A los veinte años, buscó fortuna viajando por Inglaterra, Italia y Argelia. Sin encontrar el éxito que ansiaba, tuvo que regresar, al cabo de dos años, a su casa familiar. Sin embargo, su experiencia en el extranjero acrecentó su sed de conocimiento. A fuerza de trabajo y voluntad aprendió, de manera autodi-

2. S. Weil, «Autobiografía», en Íd., *A la espera de Dios*, prólogo de C. Ortega, trad. de M. Tabuyo y A. López, Trotta, Madrid, 2026, p. 56.

dacta, latín, alemán, italiano y español. Con veinticinco años, redescubrió la fe que había abandonado por las vicisitudes de su adolescencia. La priora del Carmelo de Aviñón, la madre Marie-Thérèse du Sacré-Cœur, le ayudó a descubrir a san Juan de la Cruz, cuya mística, condensada en la «noche oscura», resultó un estímulo vital e intelectual.

Cuando Perrin le pidió recibir a Simone Weil para que trabajara en las labores del campo, Thibon pensó en rechazar la propuesta. Después aceptó emplearla o, más bien, le propuso pasar algunas semanas en su granja. Se empezaron a escribir.

Finalmente, en agosto de 1941, se conocieron en persona. Sus primeras conversaciones fueron cordiales, pero complicadas. No estaban prácticamente de acuerdo en nada. Weil se enfrascaba en discusiones interminables que agotaban a Thibon. Sobre su aspecto físico, este utilizó la expresión «naufragio de la belleza» para describir la huella visible del trabajo y de la enfermedad sobre el cuerpo de la joven filósofa³. Este presentimiento sobre los efectos de la autoexigencia en su frágil constitución se acabó confirmando con la enfermedad y la muerte de Weil en agosto de 1943 con tan solo treinta y cuatro años.

Durante unas semanas entablaron una complicidad intelectual que les enriqueció mutuamente. Gustave Thibon introdujo a Simone Weil en la obra de Juan de la Cruz, que empezó a leer en español. Por su parte, ella le ayudó en la lectura, estudio y comentario de textos griegos, principalmente Homero y Platón. Durante su estancia en Poët, había leído el texto

3. S. Pétrement, *La vida de Simone Weil*, cit., p. 597.

griego del padrenuestro. En agosto lo compartió con Thibon y ambos se comprometieron a aprenderse de memoria y a recitarlo.

2. LA EXPERIENCIA DEL PADRENUESTRO

A mediados de septiembre de 1941, en plena vendimia, Simone Weil vivió una experiencia extraordinaria. En una carta dirigida al padre Perrin le confiesa que, hasta esa época, jamás había rezado. Nunca antes se había dirigido a Dios, ni mentalmente ni en voz alta. En alguna ocasión había recitado la salve como si leyera un poema, pero no había pronunciado nunca una oración litúrgica.

Había traducido el padrenuestro del griego, palabra por palabra, y se lo había aprendido de memoria. La dulzura infinita del texto original la impresionó de tal modo que durante los días siguientes no pudo dejar de recitarlo con asiduidad. Lo repetía incluso mientras vendimiaba. Desde entonces, determinó rezarlo cada mañana con plena atención. Si se distraía o se adormecía, volvía a empezar para alcanzar una atención absoluta⁴. No se trataba de una simple disciplina realizada de manera rutinaria. Según Weil, el padrenuestro es a la oración lo mismo que Cristo es respecto de la humanidad. Por ello, creía que no es posible recitarlo atentamente sin que se produzca un cambio en el interior de la persona.

Confiesa que, a veces, las primeras palabras arrancan el pensamiento del cuerpo y lo trasladan a un lu-

4. «Autobiografía», cit., p. 57.

gar fuera del espacio donde no hay perspectiva ni punto de vista. El espacio se abre. La infinitud del espacio ordinario de la percepción es sustituida por la infinitud a la segunda o tercera potencia. Asimismo, esta infinitud de infinitud se llena totalmente de silencio, un silencio que no es ausencia de sonido, sino el objeto de una sensación positiva, más real que la propia vibración sonora. Los ruidos, si los hay, solo le llegan después de haber atravesado el silencio⁵.

En un artículo describe la experiencia de lo trascendente afirmando que Dios no solo viene a visitar a la persona, sino que se apodera de ella y la lleva junto a sí. Es como el polluelo que ha roto la cáscara y está fuera del huevo del mundo⁶. Análogamente, en otro texto indica que, cuando el silencio de Dios entra en el alma y se une al silencio que está en lo secreto de nuestro interior, «el espacio se abre ante nosotros como un fruto que se parte en dos, pues vemos el universo desde un punto situado fuera del espacio»⁷.

Esta experiencia espiritual de quietud, contemplación, recogimiento, va acompañada, en ocasiones, de una auténtica revelación. A veces también, durante la recitación del padrenuestro o en otros momentos, Cristo en persona está presente, pero con una presencia infinitamente más real, más sobreco-

5. «Autobiografía», cit., p. 57.

6. S. Weil, «Formas del amor implícito a Dios», en *Íd.*, *A la espera de Dios*, cit., pp. 165-166; cf. S. Weil, «Carta a Joë Bousquet, 12 de mayo de 1942», en *Íd.*, *Pensamientos desordenados*, trad. de M. Tabuyo y A. López, Trotta, Madrid, 1995, p. 54.

7. S. Weil, «Nuevas reflexiones sobre el amor a Dios y la desdicha», en *Pensamientos desordenados*, cit., p. 88.

gedora, más clara y más llena de amor que aquella primera vez en que se apoderó de ella⁸.

Esta «primera vez» seguramente alude a una experiencia del año 1938. En una carta de 12 de mayo de 1942 dirigida al poeta Joë Bousquet, postrado en una cama por las secuelas del impacto de una bala recibida durante la Primera Guerra Mundial, Weil comparte con él su experiencia interior: «Una presencia más personal, más cierta, más real que la de un ser humano, inaccesible tanto a los sentidos como a la imaginación, análoga al amor que se transparentaría a través de la más tierna sonrisa de un ser amado»⁹.

En la misma época —finales de mayo de 1942— escribe otra carta al padre Perrin, donde describe con mayor detalle esta experiencia que supuso un punto de inflexión en su trayectoria vital. Durante la Semana Santa de 1938, Simone Weil acudió a la abadía de Solesmes para asistir a los oficios y escuchar el canto gregoriano. En este contexto se produjo una nueva e intensa experiencia interior: «en el transcurso de estos oficios, el pensamiento de la pasión de Cristo entró en mí de una vez y para siempre».

Allí, Weil conoció a un joven católico inglés que le transmitió por primera vez la idea de la virtud sobrenatural de los sacramentos y la introdujo en la lectura de los llamados *poetas metafísicos* de la Inglaterra del siglo XVII, especialmente George Herbert. Más tarde, leyéndolos, descubrió un poema titulado *Love*. Impactada, se lo aprendió de memoria y lo recitaba

8. «Autobiografía», cit., p. 58.

9. «Carta a Joë Bousquet, 12 de mayo de 1942», cit., p. 58.